

La Doctrina del Espíritu Santo

Stuart Allen

Traducción: Juan Luis Molina

© THE BEREAN PUBLISHING TRUST 52a Wilson Street, London EC2A 2ER England © THE
BEREAN PUBLISHING TRUST

ISBN 0 85156 165 9

First edition 1980

Reset 1995

La Doctrina del Espíritu Santo

No hay duda alguna que un conocimiento de todo cuanto las santas Escrituras enseñan respecto al Espíritu Santo es de suprema importancia. La necesidad de obtener un punto de vista sano basado en la Biblia concerniente al Espíritu Santo está llegando hoy día a evidenciarse cada vez más, y se manifiesta por los variados movimientos *carismáticos* han surgido recientemente en el escenario cotidiano. El estudio es realmente profundo en cuanto a cuál pueda ser la consideración que le dé el gran Dios eterno. Los Unitarios, que niegan la deidad de Cristo, tienen consigo un mismo problema, con respecto al Espíritu Santo. Su *personalidad* se niega y se relega a un segundo plano, siendo meramente considerado como una divina influencia o manifestación del poder divino. A juzgar por las Escrituras, este punto de vista es completamente engañoso, y debe ser repudiado por todos cuantos valoren y deseen alcanzar el conocimiento de la verdad de Dios.

No haremos en esta obra intento alguno de ocuparnos con la Trinidad. Esto ya lo hemos hecho en otros estudios anteriores. Nos gustaría, no en tanto, volver a repetir, que, si bien la palabra “Trinidad” no aparece en la Biblia, sin embargo, el *hecho* o realidad del término sí que es completamente deducible. Debido a la forma en que la palabra “persona” se emplea hoy día, siendo usualmente sinónima con un “individuo”, separado o distinto de todos los demás, esta palabra sería mejor suprimirla en la medida de lo posible a la hora de tratar con el Dios Principal, aunque sea muy difícil no utilizarla, una vez que no tenemos en castellano otra palabra como alternativa.

Tal como el Dr. W.H Griffith Thomas sabiamente señala: *En vez de significar el hecho de la separación individual, la personalidad en Dios se entiende conllevando una idea de distinción interna que hay en la unidad de la divina Naturaleza. Los hechos provenientes de la Escritura demandan de nuestra parte un reconocimiento de Dios, y al mismo tiempo aquellas distinciones interiores entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que tan solo podremos expresar por nuestra palabra “persona”. Si bien sea cierto que el término se utilice hoy en día en conexión con la vida humana de forma totalmente distinta de su empleo en conexión a Dios, también es verdad que ningún otro se ha encontrado todavía adecuado para expresar las distinciones esenciales habidas en Él* (Los Principios de la Teología – pag.95).

Consideremos los siguientes pasajes de la Escritura:

“Id, y enseñad a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mat.28:19).

“La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros. Amén” (2ª Cor.13:14).

Está claro que tanto Mateo como el apóstol Pablo ponen el mismo énfasis sobre el Espíritu Santo que sobre el Padre y el Señor Jesucristo. Sería impropio, irreverente y

equivocado asociar al Espíritu Santo en esta vía con el Dios principal, a menos que sea igualado con el Padre y el Hijo.

Además, en conexión con el pecado de Ananías y Safira su mujer, Pedro les acusó de mentir al Espíritu Santo (Hechos 5:3), mintiendo a Dios (vers.4), y tentando al Espíritu del Señor (vers.9). Está claro por tanto que Pedro consideraba al Espíritu Santo ser Dios, y no tan solo el poder o una mera influencia Suya. Es imposible mentirle a una *fuerza*. Además, Pablo, en Efesios 4:30 exhorta a los miembros del Cuerpo a que *no contristen al Espíritu de Dios por el cual habían sido sellados para el día de la redención*. Una vez más repetimos, es imposible contristar a un *poder*. Nosotros estamos viviendo en una era de poder, el cual tenemos delante hoy en día como nunca antes en tiempos pasados. Sin embargo, a nadie en su sentido común se le ocurriría ser posible *agravar o contristar*, por así decirlo, al poder atómico, por muy descabido que la sola idea pueda parecer. Tan solo se puede contristar a un *ser moral*. Cuando esto se considera y toda la revelación de la Biblia concerniente al Espíritu Santo se escudriña, no deberá restar duda alguna que sea un testimonio vivo de Aquel Único Quien declara que “no hay ninguno más” después de Él (Isaías 42:8; 43:10; 44:6; 45:18, 21). Algo menos que esto es, tal como hemos dicho anteriormente, prácticamente engañoso y fraudulento, y supone por tanto un tropiezo peligroso.

La deidad del Espíritu Santo puede levantar problemas en nuestras mentes, pero lo primero que tenemos que hacer, si no queremos otra cosa sino la verdad, es creer lo que Dios nos dice en Su Palabra, aun mismo cuando no lo entendamos. Algo menos que esto sería deshonrarle a Él y exhibir un corazón de incredulidad digna de recaer bajo Su condenación. Si fuésemos a creer meramente aquello que podamos entender, nuestra creencia sería muy corta realmente, y además, de ese modo, estaríamos abiertos a los engaños del enemigo, pues *nuestros lomos no estarían ceñidos por la verdad* (6:14).

La intimidad de la relación entre las tres manifestaciones del Dios trino podemos verla por la manera en que uno honra al otro.

- (1) *El Padre honra al Hijo*.- “Porque el Padre no juzga al hombre, sino que ha sometido todo juicio al Hijo: para que todos los hombres honren al Hijo, así como honran al Padre. Aquel que no honra al Hijo tampoco honra al Padre que le envió” (Juan 5:22, 23).
- (2) *El Hijo honra al Padre*.- “Entonces respondieron los Judíos, y le dijeron: ¿No decimos nosotros que Tú eres Samaritano, y que tienes un diablo? Jesús les respondió: Yo no tengo un demonio; sino que honro a Mi Padre, y vosotros me deshonráis a Mí” (Juan 8:48, 49).
- (3) *El Espíritu honra al Hijo*.- “Pero cuando llegue el Consolador, al Cual Yo os enviaré proveniente de Mi Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él testificará de Mí. (Juan 15:26). “Él (el Espíritu de verdad) me glorificará a Mí: pues recibirá de lo Mío, y os lo mostrará a vosotros” (Juan 16:14).

Es este Dios único Quien ha visto necesario manifestarse a Sí Mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo para nuestra salvación y la finalización de Su propósito redentor para con el cielo y la tierra, para que le adoremos y sirvamos.

Títulos del Espíritu Santo

Tenemos varios títulos del Espíritu Santo:

El Espíritu de Dios: “Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas” (Gén.1:2)

El Espíritu del Señor: “El Espíritu del Señor Dios está sobre Mí” (Isaías 61:1; Lucas 4:18). “Entonces Pedro le dijo a ella: ¿Cómo es que os habéis puesto de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor?” (Hechos 5:9).

El Espíritu de nuestro Dios: “...vosotros estáis justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1ª Cor.6:11).

El Espíritu de gracia: “...el que pisoteare al Hijo de Dios...e hiciere afrenta al Espíritu de gracia” (Hebr.10:29).

El Espíritu de verdad: “Él (el Padre) os dará otro Consolador, para que pueda morar con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad (Juan 14:16, 17).

El Consolador: Juan 14:16, 26; 16:7 *paracletos*, ayudador. Observe que el Señor dice “otro Consolador”, puesto que Él propio era un consolador.

En 1ª Juan 2:1 *paracletos* se traduce “Abogado”. La palabra castellana se deriva de la latina *Advocatus* y ambas palabras significan *alguien a ser llamado para ponerse al lado o en respaldo de otro para ayuda o consuelo*. La Companion Bible señala que los escritos Rabínicos a menudo hacen referencia al Mesías como siendo *M-nahem* (Consolador) y hablan de Sus días como siendo los días de *consolación*. En el contexto vemos que el Señor con Su amor y cuidado por los discípulos pudo darse cuenta de la necesidad que tenían de un consolador y ayudador, y teniendo tan cercana su salida del mundo, Él les prometió suplirles otro Igual, el Espíritu Santo, Quien en ellos habitaría continuamente.

En conexión con el instantáneo momento de la resurrección de Cristo, que es la base de la Cristiandad, encontramos la plenitud o totalidad de Dios envuelta. En Juan 10:17, 18 tenemos la impresionante afirmación hecha por el Señor Jesús de que no tan solo podía dejar puesta Su vida a disposición de la muerte, cuando escogiese hacerlo, sino además, volver a tomarla en vida consigo de nuevo:

“Nadie me la quita, sino que Yo la ofrezco de Mí Mismo. Tengo poder para ofrecerla, y tengo poder para retomarla de nuevo...”

Y del mismo modo dijo también: “Destruid este templo (Su cuerpo) y en tres días volveré a erguirlo” (Juan 2:19). Obviamente, estas palabras nunca podrían haberse

pronunciado por un hombre mortal ni por cualquier otro ser creado. Son una prueba más de que Él combina en Sí Mismo (misteriosa e insondablemente para nosotros) tanto lo humano como lo divino. No hay que admirarse de que Pablo dijera: “grande es el misterio (secreto) de la piedad: Dios fue manifestado en la carne” (1ª Tim.3:16). Dios tomó consigo y sobre Sí Propio un cuerpo humano. También en Gálatas 1:1 tenemos una declaración de que Cristo fue levantado por el Padre, y en 1ª Pedro 3:18:

“Porque Cristo también sufrió una sola vez por los pecados, el justo por el injusto, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, *pero vivificado (hecho vivo) por el Espíritu...*”.

Así, pues, bien podemos decir con verdad que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se combinan para vencer a la muerte en la resurrección de nuestro Señor y Salvador, y así escuchamos Sus sorprendentes palabras en Apocalipsis 1:18, diciendo:

“Yo soy Aquel que estuvo vivo, y fue muerto, y, he aquí: *Vivo para siempre*”. Y tal como también le dijo a Sus discípulos: “Porque Yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19).

En 1ª Corintios 2:9 – 11 leemos:

“...cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros *por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios... así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios*”.

El Espíritu Santo, siendo Dios, puede perfectamente escudriñar lo profundo de Dios, y es Él Quien tan solo pueda hacerlo. ¿Qué otro ser creado podría escudriñar y descubrir a Dios en perfección y toda Su plenitud? ¡Qué gran ayuda tenemos por tanto en la persona del Espíritu Santo, el gran Revelador de la verdad, para que “podamos conocer las cosas que de libre gracia nos han sido ofrecidas de parte de Dios”! (1ª Cor.2:12). Todo esto nos ha sido transmitido a nosotros a través de las santas Escrituras que son “las palabras...que el Espíritu Santo enseña” (vers.13). El apóstol afirma que “el hombre natural no puede recibir las cosas del Espíritu de Dios: pues le parecen locura; ni tampoco las puede conocer, puesto que tienen que ser discernidas espiritualmente” (vers.14). El hombre sin *ayuda* no puede llegar a conocer las cosas de Dios.

En otras palabras, nosotros, como creyentes, estamos destituidos del poder revelador del Espíritu Santo operando sobre las sagradas Escrituras, y es tan solo por medio de Él que podamos recibir un conocimiento de la verdad que reside por detrás de las palabras contenidas en la Palabra de Dios, a medida que humildemente las leamos procurando la divina iluminación y entendimiento. Al igual que el Salmista, bien podemos nosotros continuamente orar:

“Abre mis ojos, para que pueda contemplar las maravillosas cosas que residen en Tu ley” (Salmo 119:18).

Aclaremos lo siguiente de una vez por todas: La Divina iluminación no puede provenir de cursos teológicos ni por cualquier método especial de estudio llevado a cabo por nosotros propios. Tan solo puede provenir del Espíritu Santo de sabiduría y revelación (Efesios 1:13-19) el gran Revelador de la verdad; Él Mismo fue el causante de que haya sido escrita.

La obra del Espíritu Santo

La obra creativa de Génesis 1

Si bien la creación se asocia siempre con el Señor Jesucristo en las Escrituras (Juan 1:3; Colos.1:13-17) sin embargo, su obra, se combina con la del Espíritu Santo.

“Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gén.1:2).

Así como esto se da con la creación *material*, así sucede también en el caso de la creación *espiritual*, tal como veremos posteriormente en este estudio.

La inspiración de las Sagradas Escrituras

Pedro, en su 2ª epístola, declara:

“Sabido esto primeramente, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación particular. Porque la profecía no vino por voluntad alguna humana, sino que santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2ª Pedro 1:20, 21).

Esta declaración en cuanto al origen de la Palabra de Dios es obviamente complementaria con la del apóstol Pablo en 2ª Tim.3:16, 17, y es digno de observar que tanto Pedro como Pablo, al final de sus vidas, enfatizan así la autoría de las sagradas Escrituras que son la sólida base para la obtención de un conocimiento de la Palabra viva, el Señor Jesucristo.

El Revelador de la verdad

El Espíritu Santo no es tan solamente el inspirador y autor de la Palabra de Dios, sino que además es Quien únicamente puede dar iluminación y entendimiento de sus divinos contenidos. Ya hemos visto cómo Pablo resalta el hecho de que el hombre sin la ayuda del Espíritu Santo es incapaz de recibir y comprender lo que Dios ha hecho con que se escribiera. “Ningún hombre conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” - para que a través de Su iluminación “nosotros podamos conocer las cosas que nos han sido ofrecidas gratuitamente de parte de Dios” (1ª Cor.2:11, 12), porque “Dios nos las ha revelado por Su Espíritu” (vers.10), y estas palabras se describen siendo “las palabras que el Espíritu Santo enseña” (vers.13). El Señor Jesús prometió a los discípulos que el

Espíritu Santo les “guiaría a toda la verdad”. “Él me glorificará a Mí: porque tomará de lo Mío, y os lo mostrará (o hará saber)” (Juan 16:13, 14).

Aquí tenemos por tanto algo que es absolutamente vital, algo que ni la habilidad intelectual ni el entrenamiento teológico nos podría jamás dar por sí mismo, es decir, el divino entendimiento de la Biblia.

El Testimonio del Espíritu Santo

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, que somos los hijos de Dios” (Rom.8:16). En esta obra el Espíritu Santo le hace ver realmente al creyente aquello que debe recibir por la fe, le hace consciente de dicha realidad. Teniendo esto en cuenta el apóstol Juan dice: “Aquel que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo” (1ª Juan 5:10). El disfrutar de este precioso testimonio se halla condicionado por nuestro andar con el Señor. Si somos fríos, espiritualmente hablando y olvidadizos, no podemos esperar venir a experimentar la seguridad de que seamos realmente hijos de Dios, y eso a pesar del hecho de que, nuestra filiación, se base exclusivamente sobre lo que el Señor Jesús cumplió por nosotros, y no sobre nuestras experiencias por muy preciosas que estas puedan ser.

Ungimiento

En 1ª Corintios 1:21, 22 Pablo escribió:

“Ahora bien, Aquel que nos establece con vosotros en Cristo, y nos ha ungido, es Dios; quien también nos selló, y nos dio las arras del Espíritu en nuestros corazones”

Y de igual modo Juan escribió en su 1ª epístola:

“Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas” (1ª Juan 2:20).

“Pero la unción que habéis recibido de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe: sino que la misma unción os enseña todas las cosas, y es verdadero, y no miente...” (1ª Juan 2:27).

El verbo *chrío* y el nombre *chrisma* aparecen tan solo en aquellas Escrituras manuscritas durante el periodo de Hechos, y dicen respecto a la distribución de los dones evidentes que se listan en 1ª Corintios 12. Uno de estos dones es el conocimiento espiritual (vers.8) y la referencia suya en la primera epístola nos deja ver claramente que este don proviene directamente del Espíritu Santo sin que intervenga para nada ningún tipo de humana mediación: “No precisáis que nadie os enseñe”. “Vosotros conocéis todas las cosas”. Cuando nosotros “dividamos correctamente” la Palabra, no tendremos problemas con el hecho de que esta evidencia no esté disponible hoy es día. Tan solo a medida que “escudriñemos las Escrituras” al igual que lo hacían los de Berea,

meditando y orando por tener nuestros “ojos abiertos” por el Espíritu Santo, irá viniendo la iluminación divina. Si no estamos dispuestos a indagar en los tesoros de la Palabra de Dios tendremos mucho a perder. No hay mucho para ofrecer en la vía del entendimiento e iluminación de las Escrituras para los cristianos que sean perezosos.

El Sellado

El sello dice respecto del completo compromiso tanto en el mundo racional como en el espiritual. El sellado que lleva a cabo el Espíritu Santo pertenece a aquellos que son justificados y hechos perfectos para siempre en Cristo. En 2ª Corintios 1:22 leemos: “...Dios, Quien también nos ha sellado, y nos dio las arras del Espíritu en nuestros corazones”. En Efesios 4:30 somos exhortados a “no constreñir al Espíritu Santo de Dios por el cual fuimos sellados para el día de la redención”. En el primer capítulo el apóstol Pablo declara:

“...Cristo, en Quien también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13).

El momento de “oír” y “creer” fue el preciso momento en el cual el Espíritu Santo realizó Su obra sellándonos. No hay fundamento alguno aquí para la *segunda bendición* de ser llenos del Espíritu Santo a seguir a la salvación como enseñan los Pentecostales.

Santificación

El significado básico de *santificación* es *separación con vista a un propósito específico*. Su primera ocurrencia en la Biblia nos da este sentido en conexión con el Sabbath:

“Y Dios bendijo el séptimo día, y lo *santificó*: pues en ese día reposó Él de toda Su obra que Dios había creado y hecho” (Gén.2:3).

Aquí se declara el propósito; Dios cesó toda Su labor al séptimo día, no porque estuviese fatigado, sino por motivo de su típica valorización, y el Nuevo Testamento posteriormente nos dice que era un retrato del “reposo (Sabbath) que permanece para el pueblo de Dios” (Heb.4:9). La separación y elección de Dios que hizo con nosotros como creyentes en Cristo, la realizó para que fuésemos “santos y sin mancha” (Efesios 1:4). Esto es absolutamente básico y esencial para el propósito de las edades, trayendo de vuelta todas las cosas *a perfección*. No es de admirar que leamos en Hebreos 12:14: “...santidad (santificación), sin la cual nadie verá al Señor”, y también en Hebr.10:10:

“Por el cual somos santificados a través de la ofrenda del cuerpo de Jesucristo de una vez por todas”.

Esto lo recibe el creyente primariamente del mismo modo que viene a ser salvo, es decir, por confiar en la obra redentora de Cristo sobre la cruz:

“...Cristo Jesús, Quien de Dios *es hecho para nosotros* sabiduría, y justificación, y *santificación* (santidad), y redención” (1ª Cor.1:30 y vea además Efesios 5:25-27). Es Dios que tanto salva como santifica, y es el Espíritu Santo Quien aplica y realiza esto para el creyente. “...Dios os ha escogido desde el principio para salvación *a través de la santificación del Espíritu* y la creencia de la verdad” (2ª Tesal.2:13). Es absolutamente imposible para cualquiera hacerse santo a sí mismo. Si pudiese hacerlo, no habría sido necesaria la obra del Señor Jesús y Su gran sacrificio por el pecado.

Hay sin embargo una progresiva o experimental santificación que viene a seguir resultante de todo esto. La obra del Espíritu Santo en el creyente le capacita para andar día tras día de tal manera que sea agradable al Señor. Está escrito:

“Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación, que os abstengáis de fornicación: que cada uno sepa cómo mantener su propio vaso (no “esposa” como en la Reina Valera) en santificación y honor” (1ª Tesal.4:3, 4).

Timoteo fue instruido por Pablo, que “*habiendo sido santificado*” estaría siendo “útil para el Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2ª Tim.2:21). A través de la operación del Espíritu Santo, la obra y el gran poder de la resurrección de Cristo se aplican al creyente que sea apartado por Dios, haciéndole capaz y suficiente para todo cuanto sea necesario y su andar diario, aguardando en la expectativa de que, aquel día en resurrección, vendrá a ser presentado “santo y sin mancha”, siendo hecho conforme a la misma imagen del Señor Jesucristo (Rom.8:29).

Las arras

Aquí tomamos la libertad de citar proveniente de nuestra obra *El Insondable Propósito de Dios* sobre este punto:

“La palabra traducida *arras* es interesante. En Génesis 38:17, 18, 20 se emplea en la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento traduce la palabra “compromiso”. En una similar aunque distinta forma significa un *anillo de compromiso*, de un compromiso matrimonial, y era un término comercial además utilizado por los Fenicios para significar la primera *garantía* de una deuda que sería posteriormente acabada de pagar en su totalidad. Del mismo modo que Dios le dio a Israel una “primera garantía”, por así decirlo, de la buena tierra de Caná, antes que entrasen a poseerla, haciendo con que los espías trajesen de vuelta tanto aquel enorme racimo de uvas de Escol como las lustrosas granadas y los higos (Núm.13:17-27), así también el Espíritu Santo Dios le place darnos gratuitamente aquí y ahora también unos relances de la gloria venidera, y son una divina garantía de que la voluntad y el plan de Dios no pueden venir a ser frustrados o impedidos. *El objetivo tiene obligatoriamente que ser alcanzado*. Ahora poseemos *las primicias* o primeros frutos del Espíritu (Rom.8:23).

Entonces vendrá *la realidad* existente donde Cristo se halla exaltado a la Majestad de Su diestra en las alturas” (pag.63).

Esto vuelve a confirmarse por el hecho de que el Espíritu Santo nos haya sellado *para el día de la redención* tal como ya hemos visto. Él sello de Dios (Su anillo de compromiso) no puede ser quebrado ni por Satanás ni por el creyente mismo. El Señor no permitirá que se interponga absolutamente nada entre el creyente y la realización de su “bendita esperanza”. ¡Cuánto regocijo y confianza permanente debería producirnos este hecho, especialmente cuando recordamos nuestra limitación y fragilidad!

El gran propósito redentor de Dios que abarca todas las cosas en el cielo y en la tierra no se basa sobre ninguno de los seres creados, sino tan solo sobre el poder todopoderoso de Dios, Su pre conocimiento y Su sabiduría. Si cualquiera de estas cosas estuviera, aunque fuese tan solo parcialmente, basado de alguna manera sobre nosotros propios, no podríamos tener la absoluta garantía de que Dios alcanzase Su glorioso objetivo. Verdaderamente podemos repetir con Pablo: “¡Oh, cuan profundas son las riquezas de la *sabiduría* y del *conocimiento* de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios y Sus caminos! (Rom.11:33).

El aceite, un tipo del Espíritu Santo

En el Antiguo Testamento encontramos la verdad reflejada en forma de tipo o retrato. Este hecho es tan particular con respecto a la redención y a la expiación, que son expuestos a través del sacrificio de animales. Existen muchos tipos de Cristo que retratan Su Persona y Su obra, y con algunos se mezclan tipos del Espíritu Santo. Las ofrendas de *olor grato* se distinguen de las ofrendas de pecado en que no retratan al Señor Jesús como el portador de pecado, sino que exhiben la perfección de Su Persona y Su servicio.

En las ofrendas de alimento de Levítico 2:1-16 vemos a Cristo retratado en Su *ausencia de pecado*. No podían estos alimentos contener *hinchazones o imperfecciones*; su consistencia debía ser perfecta. Y además, tenían que impregnarse con aceite, y era siempre derramado sobre la ofrenda. El aceite se empleaba como medicina, para consuelo, para iluminación y se ungía para propósitos específicos similares. De igual modo el Espíritu Santo nos sana, consuela, ilumina y consagra. Con la consagración en vista, antes que el Señor Jesús iniciase Su público ministerio, el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma, lo cual es otro retrato del Espíritu de Dios (Mat.3:16, 17).

Fue como el *perfecto* Hombre que se mantuvo a través de toda Su vida, y así fue testificado por el Espíritu Santo, y es importante darse cuenta que el Espíritu le fue ofrecido al Señor de una manera ilimitada, “sin medida”. En Juan 3:34 leemos: “Porque Aquel a Quien Dios envió, habla las palabras de Dios: pues *Dios no le dio el Espíritu por medida*. Siendo Dios, Él no precisaba ser fortalecido, sin embargo, siendo Hombre,

rindió todo Su servicio y testimonio *a través del Espíritu*. Esto es lo que hace con que sea tan terrible la actitud que tomaron los Fariseos y Saduceos al afirmar, que, Él realizaba Sus milagros *por el poder de Belcebú o Satanás* (Mat.12:24-32).

El Señor Jesús declaró que este es el único pecado que no pueda ser perdonado, pues está claro que cualquiera que confiese que Dios realiza Su obra por el poder de Satán, el mentiroso y el príncipe de las tinieblas, se aparta a sí mismo del medio de salvación y del perdón. Satán no es ningún Salvador, sino el gran enemigo de Dios. Algunos en esta era han estado atormentándose con la idea que hayan pecado terriblemente y cometido el *pecado imperdonable*. Eso no es posible hacerlo, a menos que hayan blasfemado del mismo modo que lo hicieron estos Fariseos, anteponiendo el poder de Satanás. Esto dice respecto a *un único pecado solamente*, aquel que hemos señalado encima. Todos *los demás* pecados son perdonables, tal como el Señor nos asegura con toda claridad.

Así, por tanto, vemos que nuestro Señor fue consagrado *por el Espíritu Santo* al comienzo de Su ministerio para con Israel. Es interesante e instructivo observar cómo el *aceite* se empleaba en el Antiguo Testamento en conexión con la limpieza del leproso y su recibimiento de vuelta a la comunión. La lepra era un tipo del pecado, y el leproso nos representa a todos nosotros en cuanto a lo que somos en nosotros mismos, pues “no hay ni uno justo, *ni uno solo*” – “*Todos* han pecado, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom.3:10, 19, 23). Deberíamos leer cuidadosamente Levítico 14:10-42. El sacerdote tenía que derramar *aceite* en su mano izquierda y aplicarlo al: *oído* del leproso, *el pulgar* de su mano derecha, *el dedo gordo* de su pie derecho, y a seguir *sobre la sangre* de la ofrenda de traspaso. Lo que sobraba se tenía que derramar sobre su *cabeza*.

Traducido en términos espirituales tenemos la *limpieza y santificación* de la persona entera *por la obra del Espíritu* que el *aceite* tipifica. El oído ya no es más un vehículo para recibir las cosas de la carne y del mundo, sino que ahora es un medio apropiado para escuchar la voz de Dios hablando a través de Su Palabra. La mano ya no se emplea más como un instrumento de malas obras, sino que se utiliza ahora en actos de justicia y gracia. El pie ya no tiene que seguir la senda del pecado y la necedad, sino que se dirige en la senda señalada por el Señor y Su voluntad. Finalmente, la vida entera del hombre se debe dedicar al Señor *en la energía del Espíritu Santo*.

Debemos además observar el caso de que el “aceite” se derramase sobre la “sangre de la ofrenda de traspaso”. La obra del Espíritu Santo reposa sobre la obra redentora producida por el Salvador en la cruz del Calvario, y van juntos. Como pecadores que somos, nosotros no podíamos saber nada de la verdad representada por el “aceite”, salvo sobre el fundamento de lo que se exhibe por la “ofrenda de traspaso”. Las prácticas ilustraciones de Dios de la verdad son siempre muy precisas.

El “aceite” no tan solamente simbolizaba la consagración, sino que además servía como *f fuente de luz* en el Tabernáculo y en el Templo (Éxodo 25:6), recordándonos así de una manera doble que el Espíritu Santo es la única *f fuente de luz espiritual*, pues tan solo Él puede ofrecernos *la iluminación y el entendimiento* de la Palabra de Dios,

capacitándonos así de vuelta para que podamos: “brillar como luminares en el mundo; manteniendo asida la Palabra de vida” (Filip.2:15, 16).

Además, uno de los dones permanentes del Espíritu es el gozo. En el Salmo 45:7 tenemos una referencia al “aceite de la alegría” y Pablo declara que el “fruto del Espíritu es...gozo” (Gál.5:22). Este es también uno de los permanentes y preciosos dones del Salvador que el Espíritu hace realidad para el creyente que deje de poner sus ojos en las cosas temporales, y los mantenga puestos sobre la inmutable Palabra de Dios.

“Estas cosas os he hablado para que *Mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro regocijo sea completo*” (Juan 15:11).

Este regocijo será continuamente relleno del “aceite de alegría” a pesar de ser muchas las cosas y circunstancias que nos presionen atribulándonos a nuestro alrededor.

El Viento

La obra del Espíritu Santo se asocia además *al viento* por el Señor Jesús cuando le dijo a Nicodemo:

“El *viento* sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas no sabes de dónde viene ni a dónde va; *así es* todo aquel que es nacido del Espíritu” (Juan 3:8).

Aquí se nos presenta una dificultad. ¿Tiene el viento algún tipo de deseo o voluntad? Además, nosotros sí que sabemos *de dónde venga y a dónde vaya*, pues podemos emplear las puntas del compás para determinar su dirección (compare Job 1:19; Ecles.1:6; Ezequiel 37:9). Cuando Juan quiere referirse al viento, emplea la palabra común griega, *anemos*: “Y se levantaba el mar con un gran *viento (anemos)* que soplaban” (Juan 6:18). Sin embargo en el capítulo 3:8 utiliza *pneuma*, espíritu, y así el versículo comienza y acaba con esta misma palabra. Teniendo estos hechos en consideración podemos traducir el versículo:

“El *Espíritu* sopla donde quiere, y tu escuchas Su voz; pero ni sabes de dónde viene o dónde vaya. Así sucede con cada uno de los que son nacidos por el *Espíritu*”.

El contexto muestra el contraste entre la carne y el espíritu, las cosas terrenales y las celestiales. Una vez que el Espíritu Santo en Sus movimientos es contrario y está por encima de la natura (es decir, es sobrenatural), así sucede también con aquello que es nacido del Espíritu. Así como el mundo no salvo tan solo nace una vez, y ni conoce a Cristo ni aquellos que tengan un segundo nacimiento (1ª Juan 3:1), así sucede en la obra del Espíritu en el creyente, la nueva voluntad y los nuevos deseos, son desconocidos para la humanidad que nos rodea.

El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

Existe una señalada diferencia en la obra del Espíritu Santo durante el periodo del Antiguo Testamento y el tiempo cubierto por el Nuevo Testamento. En los días del Antiguo Testamento vino el Espíritu sobre personas para fortalecerlas, para equiparlas en la realización de alguna obra específica; sin embargo, no permaneció ni residió con ellos *para siempre*.

El Señor Jesús tan solo nos dio un nuevo aspecto de Su obra después que la suya propia hubo finalizado, esto es, cuando ya había pasado por las sombras de la cruz. A los discípulos les dijo:

“Y yo oraré al Padre, y Él os dará a vosotros otro Consolador que permanezca con vosotros *para siempre*, el Espíritu de verdad...porque Él mora con vosotros, y *estará (presente continuo) en vosotros*” (Juan 14:16, 17).

La permanencia habitando del Espíritu Santo era desconocida durante el tiempo del Antiguo Testamento. Esto no significa que Sus actividades fuesen menores o poco conocidas. Diversos santos del Antiguo Testamento conocieron por experiencia Su capacidad en gracia. En Éxodo 31:1-5 leemos:

“Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Mira, Yo he llamado por nombre a Bezaleel, hijo de Uri...y lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en toda arte, para inventar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, y en artificio de piedras para engastarlas, y en artificio de madera, para trabajar en toda clase de labor” (vea también Éxodo 35:30-35).

Aquí tenemos al Espíritu de Dios equipando a este hombre de manera especial para realizar objetos de arte y adorno para el lugar de habitación de Dios en el Tabernáculo. Dios tan solo es digno de lo mejor. La segunda cosa mejor ya no podría satisfacerle, y esta es una lección que podemos aprender nosotros. Demasiado a menudo la gente le ofrece a Dios *cualquier cosa* sin ser lo mejor. Es muy fácil aunque cierto decir: “nuestro mejor no es digno para nada”, y hacerse de esta idea una excusa para ofrecerle *cualquier cosa*, sin importar cuan inferior pueda ser. Precisamos el mismo espíritu de David cuando reunió consigo todos aquellos preciados materiales para la construcción del edificio permanente de Dios, es decir, el Templo. 1ª Crónicas 29 debe ser leído cuidadosamente, y allí veremos cómo David ofreció lo mejor que pudo obtener. Bien pudo decir: “He preparado *con todo mi corazón* la casa de mi Dios” (vers.2) y a seguir nos da una lista de los muy preciados materiales de oro y plata, madera y toda clase de piedras preciosas; y al final de todo dijo: “Porque todas las cosas provienen de Ti, y *de lo Tuyo* te he ofrecido” (vers.14).

En nuestro servicio debemos estar seguros que no le ofrecemos al Señor nada que no sea lo mejor de nuestras habilidades, aun cuando estén lejos de ser perfectas.

La actividad y capacitación del Espíritu Santo se comprueba claramente en el libro de Jueces. Lo vemos descender sobre Otoniel, el hermano más joven de Caleb, para realizar sus deberes como juez y para liberar a Israel de manos de sus enemigos:

“Y el *Espíritu del Señor* vino sobre él, y juzgó a Israel, y salió para la guerra: Y el Señor entregó a Cusan-rishathaim rey de Mesopotamia en sus manos; y su mano prevaleció contra Cusan-rishathaim” (Jueces 3:10).

Sucedió exactamente lo mismo con Gedeón (Jueces 6:34). De tal manera que Dios redujo el ejército de Israel de 32.000 hombres para 300, y dijo: “El pueblo que está contigo es mucho para que Yo entregue a los Madianitas en sus manos; no sea que Israel se envanezca contra Mí, diciendo, *mi propia mano me salvó*” (Jueces 7:2).

¡Qué bien conoce Dios la fragilidad y el pecador orgullo del corazón humano! No es de admirar que Él providenciase Su gran plan de redención sin que ningún hombre pudiese decir que se llevó a cabo por algo de él o con su participación, gloriándose así de sus propios logros. Lo máximo que el hombre puede hacer es *ejercitar la fe* en aquello que solo Dios haya cumplido en su respaldo. “No es por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:9). Todos los planes de Dios tienen consigo la magnificación de la gloria Suya en su consumación. ¡Para Él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones por los siglos de los siglos! (Efesios 3:21).

Jefte tuvo una experiencia similar de *la obra del Espíritu Santo* (Jueces 11:29); al igual la tuvo Sansón. Cuando era niño, éste Sansón fue especialmente bendecido por el Señor: “Y el *Espíritu del Señor* comenzó a manifestarse en él en los campamentos de Dan, entre Zora y Estaol” (Jueces 13:25). Le fue otorgada una fuerza especial por el Espíritu para destruir un león que le atacó yendo de camino, también hirió a treinta de los Filisteos de Ascalón, y en el capítulo siguiente a 1000 más (15:11-15). Sin embargo vivía en una gran contradicción, siendo persuadido alternativamente unas veces por la carne, y otras por el Espíritu. A pesar de eso, el Dios de toda gracia y tan gran paciencia le empleó a Su servicio, para llevar a cabo Su propósito para con las necesidades de Israel en aquel tiempo particular; y no debemos olvidarnos que su nombre aparece en la lista de *los vencedores* que aparece en Hebreos once. Verdaderamente, los juicios de Dios son muy distintos de los del hombre, pues no miran ni se cuidan de la apariencia externa, sino del corazón (1ª Samuel 16:7). Dios se ocupa primeramente con la *mente* y sus motivos, sus planes, sus esperanzas y temores; y todo es transparente y se mantiene desnudo en Su presencia (Hebr.4:13). Una tal afirmación, confirmación y reconocimiento es imposible para el ser humano, y esta es una de las razones por la cual el *juicio humano* se engaña tan a menudo y es injusto. ¡Cuán bueno es darnos cuenta que todo lo que somos, y todo lo que hacemos, deberá ser probado un día que está para breve por el *Juez justo* (2ª Tim.4:8) Quien está libre de todo prejuicio y no comete equivocaciones, y Cuyo motivo principal es el *amor*!

Tenemos otro problemático carácter en la vida de Saúl, que comenzó bien, al igual que Salomón lo haría un día posterior, y acabó muy mal. Dios *no mantuvo el Espíritu Santo* sobre él. Una vez más vemos a Israel envuelto en luchas con sus enemigos, esta vez con

los Amonitas, quienes procuraban destruir a Israel en Jabes de Galaad. Fue durante este peligroso tiempo que el Espíritu Santo descendió sobre Saúl, y le fortaleció, de tal manera, que cuando parecía imposible fue capaz de llevar su pueblo a la victoria (1ª Samuel 11:6). De tal forma, que los amonitas fueron derrotados y dispersos “sin que dos de ellos quedasen juntos” (vers.11). Esta no fue la primera experiencia de Saúl *con el Espíritu de poder*, pues el capítulo anterior nos muestra la habilidad de Saúl *profetizando* entre la compañía de profetas que le encontraron (10:10), por el *investimento del Espíritu de Dios*.

Está claro, por tanto, que la decadencia posterior de este hombre no se debió a falta o carencia alguna de capacidad, de parte del Espíritu Santo, sino antes bien a su recusa en llevar a cabo la voluntad del Señor y de ponerle a Él en primer lugar en todos los asuntos. Por fin, Dios le dijo a Samuel:

“... ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo Yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey” (1ª Sam.16:1).

Un poco después leemos “El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová” (vers.14). Una vez que *se apartó el Espíritu Santo*, este hombre fue rápidamente cayendo en decadencia hasta que finalmente acabó tratando con el espiritismo, tan solemnemente prohibido por la ley Mosaica.

La selección de un rey de parte de Dios recayó entonces sobre David. Samuel fue tan solo divinamente guiado, pues, cuando David, en su juventud, fue traído en su presencia, leemos que “el Señor le dijo: “Levántate y úngelo, pues éste es...y desde aquel día en adelante *el Espíritu de Jehová vino sobre David*” (1ª Sam.16:12, 13). Sin embargo, en este caso, *el Espíritu Santo nunca le abandonó a través de toda su vida*, pues, a pesar de sus fracasos, *su corazón* fue correcto con el Señor, siendo ésta la primera condición que recaiga sobre el escrutinio de Dios, tal como ya hemos visto. David sabía que merecía ser desprovisto y perder la influencia del Espíritu, pues, a seguir al pecado con Betsabé, dijo: “*No quites de mí Tu santo Espíritu*” (Salmo 51:11). Los Reformadores, no dándose cuenta del cambio de dispensación, siguen haciendo una y otra vez esta confesión en la oración matinal de la Iglesia de Inglaterra hasta hoy, y cada domingo sus adoradores le piden a Dios que *no les quite el Espíritu Santo* de ellos. Sin embargo, tal como veremos, eso es precisamente lo que el Señor jamás hará en esta era de gracia. La “correcta división” puede bien librarnos de estos muchos errores habidos en la doctrina. El Espíritu Santo, al presente, es un *morador permanente* en el creyente. El Señor Jesús dijo:

“Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que *esté con vosotros para siempre...porque mora con vosotros, y estará en vosotros*” (Juan 14:16, 17).

Esta es una de las grandes diferencias entre la dispensación del Antiguo Testamento y la actual.

El Espíritu Santo en Su relación al mundo

El Señor Jesús trata con esta relación en Juan 16:7-11.

“Pero Yo os digo la verdad: Os conviene que Yo me vaya; porque si no me fuese, *el Consolador* no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando Él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en Mí; de justicia, por cuanto Yo voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”.

Hay algunos que procuran limitar el significado de *elengcho* (traducido “convencer”) a la idea de *iluminación*, pero eso es una equivocación. La iluminación ciertamente tiene que ver con la obra del Espíritu Santo para on el mundo no salvo, sí, pero es una *iluminación* que dice respecto a su condición pecadora - una *convicción* de que este sea su caso. El empleo de esta palabra en el Nuevo Testamento es decisivo y categórico. Aparece diecisiete veces (Mat.18:15; Lucas 3:19; Juan 3:20; 8:9, 46; 16:8; 1ª Cor.14:24; Efesios 5:11, 13; 1ª Tim.5:20; 2ª Tim.4:2; Tito 1:9, 13; 2:15; Hebr.12:5; Sant.2:9; Apoc.3:19). Típicas ocurrencias del término son Tito 1:13 y 2:15, donde “iluminación” sería una traducción totalmente insatisfactoria.

La tripla obra del Espíritu se describe por el Señor como estando conectada con (1) el *pecado*, (2) la *justicia*, y (3) el *juicio*. Observe que es el “pecado” en singular, no “pecados”. Afecta a la raíz, y tiene que ver con el aparente pecado de la *incredulidad* “del pecado”, y el Salvador dijo que esa falta de reconocimiento se daba: “*porque no creen en Mí*” (Juan 16:9). Este es el solo pecado que *separa de Dios*. De hecho, hace del *Dios de la verdad* un mentiroso. “Aquel que no cree a Dios hace de Él un mentiroso, pues no cree en el testimonio que Dios da de Su Hijo” (1ª Juan 5:10-12). Esto es algo que Dios no tolera. “Aquel que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es galardonador de aquellos que le procuran con diligencia”, y antes dice, “porque sin fe es imposible agradar a Dios” (hebr.11:6).

Ahora bien, “la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios (o Cristo) (Rom.10:17). Por tanto, es evidente que el aparente pecado de *incredulidad* tiene que ver con la actitud del hombre hacia la Palabra de Dios escrita y viviente. Esto es absolutamente básico y fundamental, y es por causa de esta recusa de creer la Palabra de Dios y al Cristo de esa Palabra que vemos la decadente apostasía actual con todos los terribles problemas que acarrea en los días actuales. No es en vano que uno de los últimos mandamientos del Apóstol Pablo sea que: “Prediquemos la Palabra” (2ª Tim.4:2), y no hay nada que sustituya esto si es que deseamos ver el progreso de la verdad y el desaparecimiento de las tinieblas.

Con respecto a la salvación, el hombre no puede hacer nada para obtenerla, y es por este motivo que todo lo necesario tuvo que ser hecho y provisto por el Señor Jesucristo para el hombre, en su sustitución. Sus últimas palabras fueron: “Está consumado” (Juan

19:30) y una obra completa y acabada no precisa añadiduras. Esta es una lección muy difícil de aceptar por el hombre, pues él está convencido que sí *puede y debe* además añadirle, hacer *algo* de su parte; y todas las falsas religiones están de acuerdo en este punto, sin importar cuanto puedan diferir entre ellas con aquel “algo”. Sin embargo, la verdad es que Dios ha provisto *todo lo necesario*, dejando en manos de los hombres un único requisito, *que crea o que no crea lo que Él ya ha realizado*. El verdadero evangelio no requiere nada que hacer de parte del hombre que no sea salvo. Antes bien le presenta *algo que tiene que creer*, y la obra del Espíritu Santo es convencer al hombre perdido del carácter y extensión del pecado que resulta de *no creer en Cristo* (Juan 16:9) y entonces le señala además al Salvador, “Quien puede salvarle perpetuamente” (Hebr.7:25).

La segunda característica de la obra actual del Espíritu Santo en relación al mundo es “de *justicia*, por cuanto Yo voy al Padre” declaró el Señor (Juan 16:10). Sin duda alguna, esta es la justicia de Cristo, y sobre este hecho glorioso reposa toda la redención. Si el Señor no hubiese sido *perfectamente santo* en pensamiento, palabra y obra desde la cuna hasta el sepulcro, entonces, Él Mismo habría tenido necesidad de un Salvador. No podría haber sido el Salvador de otros, y, ¿cómo hubiese sido posible levantar de la muerte a un pecador y blasfemo, y haberlo exaltado al glorioso cielo más santo dándole todas las cosas como estrado de Sus pies? Su ida al Padre en resurrección y ascensión fue la consumación apropiada de Su obra perfecta sobre la tierra, y además una triunfante vindicación de Su justicia, para que Él pudiese ser el Salvador del mundo. Esto es lo que el Espíritu revela al *convicto pecador*.

La tercera característica se encuentra en la declaración del Señor. “de *juicio*, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado”. Aquí tenemos al usurpador, Satán, cuyo único objetivo es tomar el lugar de Dios y ejercitar Su dominio. En este momento, aunque Dios esté por encima de todo, el sistema mundial **no está** siendo gobernado por Él, sino antes bien por el engañador, que ha “cegado el entendimiento de los que no creen para que la luz del glorioso evangelio de Cristo, Quien es la imagen de Dios, no les resplandezca” (2ª Cor.4:4). Satán aspira a los mismos títulos de Cristo. Fue Satán quien le ofreció los reinos de este mundo al Señor en el desierto. De momento, es Satán quien los usurpa, y el Señor no pudo negarlo. Él es el *falso* príncipe o gobernador de este mundo (Juan 14:30), así como Cristo es el *verdadero* (Apoc.1:5). Satán es el falso dios de esta era, y la Palabra de Dios no duda a la hora de describirlo como tal (2ª Cor.4:4), pero el verdadero Dios es el Señor Jesucristo (Juan 1:11). Sin embargo, gracias a Dios, el enemigo *ya ha sido juzgado*. La victoria del Calvario significa su derrota y final derrocamiento. La sentencia todavía no se ha llevado a cabo, pero está llegando el tiempo cuando con toda seguridad tendrá lugar, y el pecado y la muerte y el engañador desaparecerán del perfecto universo de Dios.

El Espíritu Santo como vivificador

Esto nos lleva a la doctrina de la *regeneración*, cuyo básico significado es el *nacimiento* y el *comienzo de la vida*. Una de las terribles consecuencias del pecado es que ha producido en la humanidad un estado de muerte tanto física como espiritual. ¿Hay alguna esperanza para el hombre muerto en lo concerniente a este mundo? La respuesta es un definitivo ¡No! A menos que pueda volver a ser traído de nuevo a la vida no tiene ninguna. Efesios 2:1 describe a los creyentes como estando “muerto en delitos y pecados” en todo cuanto respecta al tiempo pasado, y muchas otras son las Escrituras que nos demuestran claramente los daños producidos en la mente humana y el entendimiento por causa del pecado.

¿Cómo ha remediado Dios este gran obstáculo? Lo ha realizado de dos maneras (1) Dándole a los pecadores un *segundo nacimiento, espiritual*, de ahí las palabras que el Señor dirige al hombre religioso: “Tenéis que nacer de nuevo” (Juan 3:3, 7); y esto también nos deja ver que, es posible que posea religión en abundancia, sin mismo así *poseer la vida* consigo; y (2) Haciendo de los hombres *nuevas creaciones* (2ª Cor.5:17). El Señor Jesucristo describió esta vida *espiritual* como siendo algo “necesario”, declarándole al líder de Israel, Nicodemo, que sin ella no podría “ver el reino de Dios” (Juan 3:3, 7).

Ahora bien, el Autor de esta nueva vida no es otro sino el Espíritu Santo, pues Cristo declaró que un hombre debía ser “nacido *del Espíritu*” (Juan 3:5-8). Él es el Vivificador, el dador de vida. No debemos malentender la verdad por causa del empleo aquí de esta palabra arcaica “vivificar”, porque ya no se use en nuestra lengua o se use de otra manera. *Vivificar* nada tiene que ver con *acelerar* o *dar movimiento*, sino que significa “dar vida”; y *esta vida* es la necesidad básica de toda la humanidad pecadora que se halla bajo el dominio del pecado y de la muerte. Todo debe comenzar aquí, desde el punto de vista *espiritual*. Es posible ser muy religioso, estar comprometido en rituales y buenas obras, y sin embargo estar muerto espiritualmente. Miles y miles de personas no se han dado cuenta de esto, y se imaginan que sus actividades religiosas están de acuerdo a las demandas de Dios, pero estas cosas en sí mismas no pueden producir *la vida* de Dios que es *eterna*.

El segundo efecto de la obra del Espíritu Santo en la regeneración producir en esta *vivificación* una relación familiar con Dios. Generalmente se acepta la idea, aunque sea totalmente falsa realmente, que Dios sea el Padre de toda la humanidad y por tanto *el mundo entero* pueda ser considerado como Sus hijos. La declaración de Juan 1:11, 12 nos muestra el error que supone esta idea:

“A lo Suyo vino, y los Suyos no le recibieron. Mas *a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre*, (a éstos solos) *les dio potestad* (el derecho) *de ser Hechos hijos de Dios*, los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, **sino de Dios**”.

Se debe tan solo al *nacimiento espiritual* en la creativa actividad del Espíritu Santo que cualquier persona pase a ser un hijo de Dios, y pueda así procurarle llamándole Padre. Toda la humanidad tiene consigo una relación hacia Dios como Creador y Juez, pero no como Padre. La *paternidad universal* de Dios es una equivocación, eludiendo la mente de los que no son salvos, al darles una falsa sensación de seguridad en esta equivocada idea. Algunos dispensacionalistas han tenido por hábito limitar la *regeneración* a Israel, y la *nueva creación* al Cuerpo de Cristo. Pero debemos recordar que la palabra traducida “regeneración” aparece *a seguir* a Hechos 28, en Tito 3:5, y si no queremos adulterar la verdad, debemos estar listos y ser exactos a la hora de hacer nuestro estudio. Es muy fácil hacer rígidas distinciones que no tengan el respaldo de la Escritura. Por otro lado, es cierto decir que la *creación* va más allá del *nacimiento*. Adán fue *creado*, sin embargo, Abel fue *nacido*. De todas formas, la idea básica que conllevan estos dos conceptos, es el comienzo de la *vida* espiritual, y es aquí donde todos debemos comenzar si es que tenemos lugar alguno en el gran propósito redentor de Dios.

Algunos además confunden la *regeneración* con la *conversión*. La “regeneración” es la sola y exclusiva *obra de Dios*. La “conversión” o vuelta para Dios, es *el acto del hombre* en resultado o respuesta de Su obra mostrada. La *regeneración* trata y tiene que ver con la *vida*, así como la *justificación* y la *santificación* tratan y tienen que ver con el *pecado*. Estos distintos aspectos precisan ser claramente diferenciados. A medida que estudiemos la Palabra, veremos que *la totalidad de Dios* concierne con la *regeneración*:

(1) *El Padre*

“...el Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación. Él, de Su voluntad, *nos hizo nacer por la Palabra de verdad...*” (Sant.1:17, 18).

(2) *El Hijo*

“Porque el pan de Dios es Aquel que descendió del cielo, y *da vida al mundo*” (Juan 6:33; y vea 10:28 y 17:2).

(3) *El Espíritu Santo*

“El viento sopla de donde quiere...así es todo aquel que es *nacido del Espíritu*” (Juan 3:8).

Lo mismo es cierto y se aplica de la resurrección de Cristo (Gál.1:1; Juan 10:18; 1ª Pedro 3:18) como ya hemos visto. Una vez que esta vida de Dios es una necesidad básica para el mundo muerto, no debe sorprendernos que no se limite a los Evangelios. Tanto Tito 1:1, 2 como 2ª Tim.1:1 enseñan claramente que *esta vida eterna* es una preciosa posesión de cada miembro del Cuerpo de Cristo, puesto que ¿cuál sería el provecho de hablar acerca de las bendiciones en los lugares celestiales sin tener esta apropiada vida para disfrutarlas?

“Pablo, un siervo de Dios, y un apóstol de Jesucristo, de acuerdo a la fe de los elegidos de Dios, y el reconocimiento de la verdad que es según la piedad; *en la esperanza de la*

vida eterna, la cual Dios, que no puede mentir, prometió antes que el mundo comenzase (el comienzo del tiempo)...” (Tito 1:1, 2).

Y en su última epístola escribió:

“Pablo, un apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, según la promesa *de vida que es en Cristo Jesús*” (2ª Tim.1:1).

Al final de la primera epístola a Timoteo describe esta vida como siendo “la vida que es *realmente* vida” (6:19 R.V). Esta vida futura es la verdadera; la actual y presente tan solo es una sombra. La vida eterna en las epístolas es un don gratuito que no será jamás revocado.

La Morada e Investidura del Espíritu Santo

En estudios anteriores hemos observado que la presencia del Espíritu Santo con los hombres era temporaria, y no hubiese sido posible antes que llegase el Espíritu Santo como el Consolador, que pudiese ser dicho: *Habita con el creyente para siempre y está en él* (Juan 14:16, 17). El apóstol Pablo confirma esto mismo en Rom.8:9 y 11:

“Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que *el Espíritu de Dios habita en vosotros...*”

“Pero si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de la muerte *mora en vosotros*, Aquel que levantó a Cristo de los muertos también vivificará vuestros cuerpos mortales por *Su Espíritu que habita en vosotros*”.

Y no solo eso, sino que además el Señor Jesús *mora* de manera perpetua y eterna en el creyente. Posteriormente, en Efesios, Pablo tuvo que orar para que estos creyentes pudiesen ser *fortalecidos por el Espíritu* con el fin de que Cristo *habitase en sus corazones por la fe* (Efesios 3:16, 17). Con dos tan poderosos moradores bien podemos cumplir toda la voluntad de Dios para con nosotros sin importar lo que eso envuelva.

¿Espíritu con mayúscula, o espíritu con minúscula?

Existe una gran dificultad en la traducción para saber cuándo hay que poner *pneuma*, espíritu, con “E” mayúscula, y cuándo con “e” minúscula. El traductor no puede servirse de ayuda, ni de los originales manuscritos Griegos ni de las ediciones impresas del Testamento Griego. Un tipo de manuscritos contiene todo en mayúscula. Estos son denominados “Unciales”. La otra clase de manuscritos contiene todo escrito en minúsculas, con muy pocas mayúsculas al principio de los libros o secciones, o de largos párrafos. Estos son denominados “Cursivos”. No existen mayúsculas para ciertas palabras tal como se usa para ellas hoy en día.

Tampoco obtenemos mucha ayuda de la Versión Autorizada de 1611. Muchas ediciones han sido impresas, y en ellas han sido hechas muchas modificaciones de tiempos a tiempos. Bien podemos decir que ninguna de las ediciones existentes de la Versión Autorizada representa con exactitud la de 1611. El empleo de las mayúsculas era mucho más común en el siglo diecisiete, y palabras como Sábado, Arco, el Propiciatorio (o Asiento de Misericordia) se escribían siempre con mayúsculas. La tendencia moderna se inclina para la disminución de su empleo.

En consecuencia, el traductor se ve obligado a estudiar el contexto y a sopesar cuidadosamente si debe utilizar una “E” mayúscula, refiriéndose así al Espíritu Santo, o una “e” minúscula, refiriéndose a Su don, o a un contenido suyo de uso psicológico (mental). Una vez que la palabra *pneuma*, espíritu, aparece 385 veces en el Textus Receptus, el problema se da y sucede con frecuencia. El lector debe por tanto tener en cuenta que, las mayúsculas, en cualquiera de las traducciones, son realmente las opiniones del traductor, y pasan así a ser una *interpretación* en vez de una *traducción*. Además, obviamente, afectan el sentido del pasaje en los lugares donde aparecen. Es muy sorprendente que se haya escrito tan poco sobre el tema. El mejor trabajo que conocemos tratando este sujeto principal es el del Dr. E.W. Bullinger *El Donador y Su Don*, que trata con cada una de las ocurrencias de la palabra “espíritu” en el Nuevo Testamento. Cualquier persona que estudie cuidadosamente un capítulo como sea Romanos 8, donde la palabra “espíritu” aparece tan frecuentemente, se verá confrontado con este problema en cuanto al uso de mayúsculas o minúsculas. En las corrientes ediciones actuales de la Versión Autorizada, se usa la “E” mayúscula a través de los primeros 14 versículos, con la excepción del uso del versículo 6. La Versión Revisada es muy diferente, y comienza usando una “e” minúscula” en el versículo 4, haciendo del “espíritu” lo opuesto de la “carne”; o dicho de otra manera, las *dos naturalezas en el creyente* son el tema principal o sujeto, y nosotros creemos que esto esté más próximo de aquello que el apóstol Pablo pretendía significar. No se debe pensar que de este modo el Espíritu Santo se elimina, pues no puede haber un *don* sin un *donador*, y por tanto, no puede haber una *nueva naturaleza* en el creyente *sin la obra del Espíritu Santo*. “Aquello que es nacido de la carne es carne; y aquello que es nacido del Espíritu es espíritu” (Juan 3:6). Tanto el Donador como el don aparecen claramente en el versículo 16 de Romanos 8.

El apóstol Pedro, en su segunda epístola, describe que este don venidero a través de “preciosas y grandísimas promesas, (se da) - para que por ellas leguéis a ser *participantes de la naturaleza divina...*” (2ª Pedro 1:3, 4). Cada persona verdaderamente salva por tanto posee una pequeña porción de la santa naturaleza de Dios implantada dentro de él por el Espíritu Santo, y esto en directo contraste a la vieja natura pecadora heredada del Adán caído; de ahí proviene el *conflicto interno* que tan a menudo experimentamos. La doctrina de *las dos naturalezas en el creyente* es de suma importancia, e ignorar sin entender la enseñanza de la Palabra de Dios sobre este tema puede ser causa de muchas y tremendas dificultades, tanto en la interpretación de la Escritura como en la vida individual. Aquí de nuevo una obra del Dr. Bullinger sirve de

gran ayuda, *Las Dos Naturalezas en el Hijo de Dios* debe ser cuidadosamente considerado por los amantes de la Palabra. Un estudio de la palabra “espíritu” en el Nuevo Testamento revelará que se emplea de catorce maneras distintas. Los lectores que posean la Companion Bible deben procurar en el apéndice 101, donde se da mucha información sirviéndonos de gran ayuda. Algunas veces se utiliza con el artículo determinado “el”, y otras veces no. Se emplea con *hagion* (santo) de cuatro distintas maneras:

- (1) *pneuma hagion* (espíritu santo)
- (2) *hagion pneuma* (santo espíritu)
- (3) *el hagion pneuma* (el santo espíritu)
- (4) *el pneuma el hagion* (el espíritu el santo).

Todos estos se traducen en la Versión Autorizada “El Espíritu Santo”, pero ¿es correcto que así sea? *Pneuma hagion* (sin el artículo determinado) aparece 52 veces en el Nuevo Testamento y generalmente se refiere al *don* que Espíritu Santo ofrece, en vez de a Sí Mismo; mientras que la expresión más alargada (4) se refiere a Él personalmente. Ha sido referido que los Hechos de los Apóstoles sean realmente *los Hechos del Espíritu Santo*, puesto que Él es la personalidad dominante del libro, y ésta más extensa y enfática expresión referente a Sí Mismo y a Sus actividades aparece 15 veces (Hechos 1:16; 2:33; 5:3, 32; 7:51; 10:44, 47; 11:15; 13:2, 4; 13:2, 4; 15:8; 19:6; 20:23, 28; 28:25).

No hay duda que es preciso un enorme cuidado a la hora de *interpretar* las varias frases empleadas en el Nuevo Testamento conteniendo la palabra “espíritu”, de otra manera las doctrinas equivocadas pueden surgir y guiarnos al error - al malentendido de otras partes de la santa Escritura.

El Bautismo del Espíritu Santo

Con el bautismo, se da el caso, es la doctrina que más ha quebrado la unidad externa en la Cristiandad, más que ninguna otra. Son muchas y muy variadas las ideas que los cristianos sostienen concernientes al bautismo, algunas han sido causa de desunión y muchas divisiones. Deberíamos procurar estudiar las Escrituras sobre este asunto con una mente abierta y de aprendizaje, y si es necesario, estar dispuestos a *desaprender* y aprender todo *de nuevo*. Antes que nada veamos las palabras que se emplean. Los verbos son *bapto* y *baptizo*. El primero se emplea tan solo tres veces en el Nuevo Testamento, esto es, en Lucas 16:24, Juan 13:26 y Apoc.19:13. La palabra significa embeber o impregnar. *Baptizo*, por otro lado es de uso más frecuente, esto es, 79 veces. En primer lugar significa inmersión o sumergir. El significado secundario es descrito por el Dr. J.W. Dale en su *Bautismo Clásico* pag.354:

Cualquier cosa que sea capaz de cambiar completamente el carácter, el estado, o la condición de cualquier objeto, es capaz de bautizar ese objeto; y por una tal mudanza de carácter, estado o condición, de hecho y realmente, lo bautiza.

Es en este sentido secundario que se emplea la palabra en la mayor parte de las ocurrencias en el Antiguo Testamento. No pretendemos ocuparnos ahora con la doctrina del bautismo en sus varios usos en la Biblia. Ya hemos tratado este tema en *El Insondable Propósito de Dios* págs.92-96. Nuestro tema en este momento tiene que ver con *el Espíritu Santo y Su relación al bautismo*; especialmente el bautismo tal como Pablo lo presenta en Rom.6, Efesios 4 y Colosenses 2. Aquí, creemos nosotros, estamos tratando, no con un tipo externo, sino con una gran realidad espiritual: *la obra de Dios* y no la obra del hombre. El *bautismo* que las Escrituras anteriormente citadas presenta es un bautismo de *efectos permanentes*. Los creyentes no tan solamente eran bautizados con agua, sino en *la muerte* de Cristo (Rom.6:3). Ni el hombre ni el agua podrían haber hecho algo igual. Tan solo la obra del Dios Espíritu Santo, y es algo que pasa a ser *permanentemente unificado* con Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección, de tal modo, que todos sus valores espirituales son por eso asegurados eternamente. El salvo en este capítulo de Romanos no se ubica de vuelta al día en el cual fue inmerso en agua por un ser humano. Antes bien se ubica e identifica en la tumba de José de Arimatea, donde Cristo fue sepultado, y allí, por la obra de Dios, fue crucificado, murió, fue sepultado, y vuelto a levantar de nuevo EN ÉL (Rom.6:3-6). Nunca el agua, por mucha cantidad que fuese, podría haber realizado algo así. Tan solo podía afectar al cuerpo, no la mente o el espíritu. En cualquier caso, ¿cómo podría el bautismo de agua representar la crucifixión?

Sunthapto, la palabra empleada por Pablo, tan solo se utilizaba del sepultar en una tumba; jamás en agua, ni literal, ni tampoco figurativamente. Tal como Colosenses 2:12 lo expresa, éste *bautismo espiritual* es “la sola obra (operación) de Dios” y no la obra de ningún hombre, sea cristiano o de cualquier otro tipo. Lo que tenemos que entender es el hecho de que, los *tipos* Bíblicos, no son otra cosa sino tan solo *sombras* de lo venidero; no son las cosas reales. Como una mera ilustración que son, tan solo pueden exhibir la realidad de una manera imperfecta.

Hebreos 10:1 no tan solo es verdad del *sacrificio animal*. Es verdad de todos los tipos o cuadros de las verdades espirituales que representa... hasta cuando llega *la realidad*:

“Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, *no la imagen misma de las cosas*, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos (o perfeccionar) a los que se acercan”.

A los creyentes hebreos, ahora que ya poseían la realidad espiritual en la muerte y resurrección de Cristo, les fue requerido que “fuesen a perfección (madurez)” y dejaran las *sombras* para atrás. A los creyentes hoy en día se les pide que hagan lo mismo, sin embargo, muchos, sin importar lo mucho que confiesen que desearían hacerlo, sienten que todavía tienen que afirmar los aspectos externos de los rituales, como si estos fuesen los cuadros visibles del libro. Para ellos, estas ceremonias y ritos les resulta más

real, puesto que son cosas que pueden apreciarse por los sentidos, algo que puedan ver, tocar y sentir. Estos tales deberían recordar que todo el ritual ceremoniático no deja de ser sino una mera ilustración, una “sombra de lo venidero”. Nunca podrá ser la realidad que es *eterna y espiritual*, y Dios nos pide que andemos por la fe en estas gloriosas realidades, y no por vista o sentimiento. El Dr. Merrill Unger en su *Biblioteca Sacra* escribe lo siguiente:

“En estas páginas (Rom.6:3, 4; Colos.2:12; Efesios 4:5) el santo apóstol no considera de forma alguna el bautismo como un ritual. Una idea tan sublime, el contexto del argumento, la natura exaltada de las realidades espirituales exhibidas...todo sostiene esta posición. Está refiriendo algo que es infinitamente más alto, no hablando de un mero mandamiento simbólico que es incapaz de efectuar cualquier mudanza intrínseca, sino refiriendo una divina operación que nos deposita eternamente en Cristo, y en Su experiencia de crucifixión, muerte, sepultura y resurrección”

En su libro sobre *Romanos* (cap.6), el Dr. Martín Lloyd Jones declara, exponiendo los versículos 2 y 3:

“La conclusión por tanto a la cual llegamos es que el *bautismo por agua* no es lo que tiene aquí en mente el apóstol en absoluto, en estos dos versículos; opuestamente, trata del bautismo producido *por el Espíritu*...Una vez más se repite la declaración que el apóstol había hecho en Gálatas 2:20, y que tan frecuentemente se malentiende: *Yo estoy crucificado con Cristo; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive Su vida en mí*.... Ahora bien, aquí tenemos la idéntica doctrina (como en Rom.6:2, 3), sin embargo, *el bautismo no se menciona*. Eso sucede porque el bautismo de agua no alcanza la unión, no la produce, y eso es lo que piensa el apóstol; no está ya ni en sus pensamientos o intenciones en estos dos versículos en este punto de tiempo: Y ya ni tan siquiera se representa el tal bautismo de agua. Este ahora en cambio es un bautismo que se lleva a cabo por el Espíritu Santo, cuando Se incorpora dentro nuestro, injertándonos en el Señor Jesucristo” (pag.36).

Es digno de referir aquí que el Dr. Lloyd Jones no es un *dispensacionista*, y acepta que el bautismo de agua tenga su lugar, pero ciertamente no en Romanos 6 y Colosenses 2. Esto hace conque su testimonio sea de lo más interesante y valioso.

Este es aquel mismo bautismo espiritual que vemos efectuándose por el Espíritu Santo en Efesios 4, denominado “bautismo único”. En cuanto referente a la “esperanza”, “Señor”, “fe”, “Dios” hay muy poca, si es que haya alguna, diferencia, entre las opiniones de los verdaderos creyentes. Pero cuando llegamos al *bautismo*, son muchos los que se olvidan que el *bautismo único* se menciona en igualdad de términos con las palabras de encima citadas. El énfasis en “único” está en contraste a la diversidad corporativa en el Cuerpo de Cristo. Hay muchos que sugieren, en sus prédicas, que se puede mezclar *el bautismo de agua* con el *bautismo espiritual* y ser considerado mismo así como el *bautismo único*. Nosotros no comprendemos este tipo de salvajería mental,

pero no puede ser cierto, no solo teniendo en cuenta los argumentos anteriores citados encima, sino además porque el *bautismo del agua* no forma ya parte necesaria de la encomienda que Cristo le ofreció a Pablo: “Cristo *no* me envió a bautizar, *sino* a predicar el evangelio” (1ª Cor.1:17), afirma él. Aun en el caso de que hubiese bautizado a unos pocos, es por sí demasiado evidente por el mandamiento del Señor que el ritual del bautismo no era ya esencial al ministerio encomendado al apóstol, y por tanto es un intruso en Efesios 4:5 y Colosenses 2, y eso es completamente extraño al contexto. Cada miembro del Cuerpo está “repleto a capacidad (completo) en Cristo” (Colos.2:10). ¿Qué podría aquí la pobre “sombra” añadir a esta gloriosa plenitud? Y ¿no es cierto que sea la carencia de comprensión de esta gloriosa plenitud, la causante de que muchos se agarren tan firmemente a las “sombros”?

Resumiremos diciendo, que, el verdadero bautismo Espiritual, identifica y une a un creyente con Cristo eternamente. Existen tres grandes uniones en la Escritura:

- (1) La Unidad entre los miembros del Dios Trino (Juan 17)
- (2) La unidad entre Cristo y el creyente (Rom.6)
- (3) La unidad entre creyentes - entre sí (Efesios 4).

No tenemos que admirarnos al comprobar que no se nos exhorta A HACER *una* *unidad*, sino a tener cuidado *guardando la que ya* ha sido HECHA por Dios.

El Sentir del Espíritu Santo

Efesios 5:18 es otro versículo de Escritura que generalmente se malentiende:

“No os embriaguéis en vino, sino antes bien sed llenos con el Espíritu; hablando entre vosotros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”.

Este versículo es muy amado de los Pentecostales, que lo utilizan para enseñar que se refiere a algún cierto tipo de exaltado sentimiento en la experiencia del creyente, subsecuente a la salvación, cuando recibe la “segunda bendición”, o la posterior infusión del bautismo de la plenitud del Espíritu. El verbo “sed llenos” es *pleroo* que tiene consigo el caso acusativo del *objeto que rellena*, el caso genitivo de *la materia* con la cual la cosa se llena y el caso dativo del *medio empleado* para llevar a cabo el relleno, el agente. En algunos casos se añade la preposición *en* para enfatizar el medio o agente. En castellano podemos decir “lleno con”, o entonces como en el griego, “lleno de”. Aquí damos dos ejemplos de muchos que existen:

“Y los discípulos fueron llenos con gozo, y con el Espíritu Santo” (en el griego, “llenos de gozo y del Espíritu Santo”) (Hechos 13:52).

“El Dios de esperanza os llene con todo gozo y paz en el creer (en el griego, “os llene” acusativo) de todo gozo y paz en (*en* con dativo) el creer” (Rom.15:13).

Volviendo ahora a Efesios 5:18 encontramos que “sed llenos” en los textos es el presente pasivo plural, “siendo continuamente llenos” *en pneumatí*, “por “el) Espíritu” (dativo). El Espíritu Santo es, por así llamarlo, el Rellenador, no la sustancia de la cual el creyente se rellena. La Versión Berkeley traduce el versículo “siendo llenos por el Espíritu” y el N.E.B., “permitiendo que Espíritu Santo os llene” y si alguien se pregunta con qué *rellena* el Espíritu Santo al creyente, la respuesta se da en el contexto paralelo en Colosenses 3:16:

“Que *la palabra de Cristo* more en abundancia en vosotros en toda sabiduría; enseñándoos y amonestándoos unos a otros en salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor”.

El objetivo único del Espíritu Santo en esta era de gracia es exaltar y glorificar a Cristo. “Él no hablará de Sí Mismo...*Él me glorificará a Mí*: porque recibirá de lo Mío, y *os lo hará saber*” (Juan 16:13, 14).

No debemos cometer el error de limitar las palabras de Cristo a quienes Él habló en la tierra siendo un “ministro de la circuncisión” (el Judío) (Rom.15:8) cuando se limitaba en Su ministerio al pueblo de Israel (Mat.15:24). Él ahora “habla desde el cielo” (Heb.12:25) a través del medio o canal humano (1ª Cor.14:37). Ha sido encomendado para el Cuerpo de Cristo (Colos.1:24-27), el apóstol Pablo en el contexto ya citado en Colosenses 3 nos deja claramente ver, qué es lo que sea, aquello con lo cual el Espíritu Santo *rellena* al creyente, esto es, *el espíritu de alabanza y acción de gracia*, no lenguas, ni excitados sentimientos y emociones o las variadas experiencias que los Pentecostales han deducido por estos versículos. El lugar que ocupa *los dones del Espíritu* en la Escritura se discute y explica ampliamente en las páginas 141-147 en el libro del autor *Las más Tempranas Epístolas de Pablo y las Pastorales*.

Tenemos que tener cuidado a la hora de distinguir en las Escrituras entre el Donador (el Espíritu Santo) y Sus *varios dones* que pueden traducirse “espíritu” con una minúscula “e”. Un versículo en particular que requiere esta distinción es 1ª Tesalon.5:19, “apagar el espíritu”. La mayoría de las versiones traduce la última palabra con una “S” mayúscula, y así hace con que signifique el Espíritu Santo. Pero basta un poco de consideración para que nos demos cuenta que es imposible, para un ser finito y limitado como el hombre, apagar u obscurecer al Ser Infinito. Si traducimos sin embargo con una “e” minúscula la palabra y hacemos así con que se refiera a cualquier *don* del Espíritu Santo, entonces obtenemos la verdad. 1ª Tesalonicenses fue escrita durante el periodo de Hechos, cuando eran mucho más evidentes los dones del Espíritu Santo. Pero con todo a nadie se *obligaba* a utilizarlos: *el espíritu de los profetas están sujetos a los propios profetas* (1ª Cor.14:32) No podían emplearlo mal o deteriorarlo, de ahí la amonestación que dice, *no menospreciéis la profecía*, la cual no era sino uno más de entre estos dones (1ª Cor.12:4-11).

Esperamos que haya quedado claro para el lector y estudiante de la Palabra de Dios, que, no tan solo es de suprema importancia obtener un concepto Escritural del Espíritu Santo, especialmente sobre aquello que sea Su obra realizada en esta dispensación

actual de gracia. Por ignorar la “correcta división” de la Palabra hay muchas fraudulentas ideas campeando hoy en día en los círculos Cristianos concerniente a estas personalidades de Dios Mismo, y esto nos lleva de la mano a equivocadas doctrinas y prácticas que no contienen nada de la verdad de Dios, sino antes bien las tinieblas y el engaño fraudulento del maligno. Examinemos todas las cosas y aferrémonos tan solo a lo que sea cierto y verdadero para el día de hoy, y entonces procuraremos darlo a conocer “cuando sea tiempo y fuera de tiempo” (2ª tim.4:2).

Vamos ahora a resumir lo que hemos descubierto de la Palabra de Dios en relación al Espíritu Santo.

(1) *El Espíritu es el Divino Autor de la Palabra de Dios* (2ª Pedro 1:19-21)

Es por este motivo que las santas Escrituras se denominan *la espada del Espíritu* (Efesios 6:17). Esta es la única *arma ofensiva* permitida al creyente y la única arma que se sobrepone al diablo y a las huestes de las tinieblas. Tenemos un ejemplo maravilloso de su utilización llevada a cabo por el Señor Jesucristo cuando fue tentado por Satanás durante cuarenta días en el desierto. Tres veces derrotó al diablo, no por el poder de Su deidad, sino por el poder de la Palabra de Dios escrita (Mat.4:1-11). Este es verdaderamente un ejemplo para todos Sus seguidores, y deberíamos recordar que la práctica es esencial para el empleo efectivo de todas las armas. Un escaso conocimiento de la Palabra es inútil en esta batalla espiritual, y el diablo con toda seguridad no teme a los cristianos que mantienen el Libro cerrado. Es de suma importancia por tanto que la Palabra de Cristo more en abundancia en nosotros en toda sabiduría (Colos.3:16), y esto solo podrá realizarse cuando haya una aplicación constante a la Palabra y se digiera bien, hasta que pase haciendo parte y porción de nuestras mentes y sentimientos. Se nos asegura que fue el Espíritu Santo Quien habló a través de agentes o medios humanos (Marcos 12:36; Hechos 1:16). Eso es por lo que la Biblia sea la Palabra de Dios y no la palabra del hombre.

(2) *El Espíritu Santo es el vivificador o donador de toda vida espiritual* (Juan 3:3, 5-8).

Aquí es donde en realidad comienza la vida cristiana y no puede producirse por la sola educación o capacidad intelectual. Los cursos teológicos pueden servir de ayuda a la hora de darnos información *acerca de* la Biblia, pero ninguno de ellos por sí mismo puede dar la vida eterna a un muerto pecador espiritualmente, por muy religioso que pueda aparentar. Esta es la obra solamente de Dios, cumplida por el Espíritu de Dios Quien hace llevar a cabo al pecador vivificado que se apropie por la simple fe la vida eterna que se halla tan solo en Cristo (2ª Tim.1:1; 1ª Juan 5:11, 12).

(3) *El Sello del Espíritu Santo* (Efesios 1:13)

Este “*sellar*” es una vía figurativa de enfatizar la total seguridad de cada miembro del Cuerpo de Cristo. Ningún creyente puede cumplir o satisfacer esta eterna garantía por su propio poder o actitudes que tome. *Dios el Espíritu Santo* afirma y pone *Su sello* sobre

la salvación del creyente al momento de creer. Esto demuestra que toda la obra de salvación es de Dios, y no del hombre. El Espíritu Santo pone Su estampa sobre Su labor, haciéndola que sea segura y cierta por toda la eternidad. Esta obra del Espíritu no se refiere a ninguna clase de *exaltada experiencia cristiana* subsecuente a la salvación. ¡Cuánto deberíamos regocijarnos y ser agradecidos cuando nos damos cuenta de esto! Algunos objetan y dicen que, una tal doctrina, conllevaría un caminar muy descuidado. Pero nosotros respondemos: Si lo hace, entonces el tal bien puede esperar la disciplina del Señor. La verdad de Dios siempre hace el balance perfecto, y en otros estudios ya hemos señalado cómo la Palabra de Dios enseña que no solo es cada miembro del Cuerpo salvo con una eterna salvación, sino que además pasa a ser un siervo del Señor, con un servicio a ser prestado para Él, y entonces con la cuestión del buen o mal servicio, fidelidad o infidelidad, viene y se nos presenta en la fotografía la posibilidad de *recompensa* y la *divina recomendación*, o *pérdida* y *vergüenza*, así que ningún hijo de Dios se descuida en su andar diario.

(4) *El Espíritu Santo bautiza*

Este es por supuesto un bautismo *espiritual* en el creer, y no deja de ser sino una vía figurativa de exhibir *la unidad del creyente con Cristo* en Su crucifixión, muerte, resurrección y ascensión; una vez más obviamente la obra de Dios solamente (Rom.6:1-11; Colos.2:10-12; Efesios 2:4-6; 4:5). Esta completa identificación con Cristo, esta unificación, es muy poco conocida o entendida entre los creyentes actuales de hoy en día. Un superficial evangelismo es el que prevalece tan a menudo, el cual, es tan solo un travesti, una caricatura de la gloriosa posición y privilegio de cada miembro del Cuerpo de Cristo. La carencia de la plenitud y profundidad de exposición Bíblica, junto con el abandono de la Palabra de Dios por parte del creyente individual, es ciertamente una de las causas principales de esta lamentable condición en el mundo religioso que nos rodea. El resultado es, que, aquellos que en Cristo son a *los millones espirituales*, están viviendo igual que los *pobres espirituales* ¡Pues esta tremenda riqueza es totalmente desconocida para ellos”.

(5) El Espíritu Santo no es tan solo el Autor de la Palabra de Dios, Él “abre los ojos”, da el entendimiento divino y revela la Verdad contenida en la santa Escritura (1ª Cor.2:9-14). Eso no puede obtenerse en cualquier otra vía, y mucho menos por logros intelectuales o educación, tal como ya hemos visto.

(6) El Espíritu Santo fornece *las arras*, una *degustación presente* y garantía de la gloria venidera, de nuestra heredad celestial a ser disfrutada eternamente en resurrección (Efesios 1:13, 14).

(7) El Espíritu Santo *fortalece* al creyente, no solamente para el servicio, sino además como preparación para la investidura del Señor Jesucristo (Efesios 3:16).

(8) El Espíritu Santo constantemente intercede por los santos y rellena las deficiencias y debilidades de sus propias oraciones (Rom.8:26, 27). ¡Cuán cierto es que “nosotros no sabemos pedir lo que conviene” (Rom.8:26)! Los creyentes que no tengan problemas con respecto a la oración deben ser muy ignorantes de este hecho. Los discípulos sentían su ineficacia, se veían inadecuados; por eso le dijeron al Señor: “Señor, enséñanos a orar, tal como Juan también enseñó a sus discípulos” (Lucas 11:1), y en respuesta el Señor les dio la oración del Reino terrenal (vers.2-4). No les dio este tipo para ser repetido una y otra vez, mecánicamente, como muy a menudo se hace hoy en día, con el resultado de que las palabras que escribe el Espíritu Santo tienen muy poco significado actualmente. Era, eso sí, un *modelo* sobre el cual los miembros de reino terrenal de Dios podrían basar sus oraciones.

Si estamos preocupados con nuestra vida de oración, hay dos cosas que pueden ayudarnos. La Oración no siempre es un pedido a Dios por algo. La verdadera Oración generalmente es *alabanza*, y no tendremos que pensar mucho antes que encontremos algo por lo cual podamos dar gracias y alabar a nuestro Señor. Un corazón agradecido y fervoroso es un maravilloso antídoto para el declinio espiritual. Las naciones de la antigüedad cayeron en su tiniebla debido, no solo a que se recusaron a darle a Dios Su debido lugar, sino además, porque *fueron desagradecidas* (Rom.1:20, 21). Una mente desagradecida es la que se olvida de Dios, la que ignora Su bondadoso amor y sobrecogedoras bendiciones. No es de admirar que el Salmista nos exhorte a “no olvidarnos de todos Sus beneficios” (Salmo 103:1, 2).

La segunda cosa es librarse de uno mismo y recordar las necesidades de algún otro. Esta es la verdadera intercesión, donde se olvida *uno propio* y las necesidades de *otros* son cimeras. Debemos siempre recordar, sin embargo, que todas nuestras oraciones deben estar sujetas a la voluntad de Dios. Ningún creyente se encuentra en posición para forzar a Dios a que haga cualquier cosa, aunque haya muchos que parezcan actuar como si estuvieran. Aparentemente, piensan que si le reiteran el pedido a Dios lo suficiente, que por su palabrería obtendrán la respuesta que desean. Esto es totalmente indigno, y más que eso, puede ser peligroso.

Israel insistió mucho reclamando y agravaron a Dios para que les diera *carne fresca* cuando se hartaron de la maravillosa provisión del maná de Dios. El comentario del Salmista es:

“Les concedió lo que le pidieron; mas envió mortandad sobre ellos” (Salmo 106:15),

y así la respuesta a sus oraciones, en vez de procurarles bendiciones, les produjo miseria en su lugar.

No olvidemos nunca que, por muy pobre que pueda ser nuestra oración, el Espíritu Santo está siempre intercediendo por nosotros “según la voluntad de Dios” (Rom.8:26, 27) y en la cima de todo, el Señor Jesús intercede constantemente por nosotros también (Rom.8:34). Así, pues, “Qué tan fuerte posición gozamos nosotros! Y no puede suceder que esto nos haga ser descuidados e indiferente en nuestra vida de oración; antes bien nos estimula a “orar siempre con toda oración y súplica en el espíritu” (Efesios 6:18) y así “continuar en oración, y vigilando al mismo tiempo con acción de gracias” (Colos.4:2).

(9) El Espíritu Santo puede *vivificar la memoria* (Juan 14:26). ¡Cuán a menudo fracasamos porque olvidamos! No hay ninguno de nosotros que no precise ser recordado de vez en cuando de la abundante gracia de Dios que ha escogido salvarnos y llamarnos a nosotros a un llamamiento y destino que está por encima de nuestros sueños y deseos.

(10) El Espíritu Santo opera en el creyente para producir *Su Fruto*. Este fruto del Espíritu se describe en Gálatas 5:22:

“Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia longanimidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (dominio propio).

Este fruto desdoblado en nueve es la imagen y semejanza de Cristo *en la práctica*, el cual produce gloria para Dios en nuestro testimonio diario. El producir fruto o la verdad en la práctica es el tema principal de la enseñanza del Señor en Juan 15:1-8 y la resume diciendo:

“Con eso es Mi Padre glorificado, en que llevéis mucho *fruto*; para que así seáis Mis discípulos” (vers.8).

¡Ojalá que no le defraudemos!

(11) El Espíritu Santo habita permanentemente en el creyente para siempre.

“Y Yo oraré al Padre, y Él os dará a vosotros otro Consolador, *para que habite con vosotros para siempre*...pues Él habita con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:16, 17).

Anteriormente hemos observado que, en los tiempos del Antiguo Testamento, el Espíritu Santo tan solo venía sobre los hombres para realizar algún especial objetivo o misión. No era una permanente posesión al tiempo.

(12) La suprema obra del Espíritu Santo es *exaltar y glorificar al Señor Jesucristo*.

“...Él no hablará de Sí Mismo...ÉL ME GLORIFICARÁ A MÍ: pues recibirá de lo Mío, y os lo hará saber” (Juan 16:13, 14).

Siempre y cuando se le dé al Señor Jesús Su debido lugar como Primero y Último, de tal modo que en “todas las cosas Él posea la preminencia (el primer lugar)” (Col.1:18), entonces se haya presente el Espíritu Santo y tanto da que se sienta como si no. Tenemos que abandonar la idea de que el poder de Dios tiene que *ser sentido* como una fuerza irresistible. Existe en demasía mucha religión de *sentimientos* hoy en día en vez de andando por *la fe*, y no por vista o cualquier otro sentido. El Señor quiere que confiemos en Él plenamente, y aparentemente son muy pocos los que puedan hacerlo. Al tiempo presente, cuando por fin se está dando tanto enfoque sobre el Espíritu Santo en los círculos religiosos, con un punto de vista que no es ni Escritural ni dispensacional concerniente a Su obra y testimonio en esta administración de gracia, precisamos, como nunca antes, poseer una sana base sobre una Palabra correctamente dividida (2ª Tim.2:15). Estos días actuales son días de gran engaño y fraude, tal como el Señor predijo y nos avisó de antemano (Mat.24:4, 5, 11, 24; 2ª Tesal.2:7-10), y para engañar, Satanás hace con que la mentira luzca Escritural y real. Él cita la Escritura y conoce bien la Biblia mucho mejor que muchos cristianos. Tal como dice Shakespeare, “Miente como la verdad y engaña, sus maquinaciones tienen que parecerse mucho a la verdad o no engañaría a nadie”. Aquellos que posean solo superficialmente o que no conozcan las Escrituras, están en gran peligro, tanto si son conscientes de eso como si no. “Examinemos constantemente todas las cosas” por la Palabra de Dios (1ª Tesal.5:21) y así ordenaremos nuestras vidas para no “contristar al Espíritu de Dios” (Efesios 4:30) ni al Salvador y Señor a Quien Él exalta. Él ha hecho tanto por nosotros al ofrecer nada más y nada menos que a Sí Mismo (Efesios 5:2) con el fin de redimirnos y presentarnos un día venidero en gloria “no teniendo mancha, ni arruga, o algo semejante” (Efesios 5:25-27).

¡Ojalá que esto sea siempre lo primero y frontal en nuestras mentes y actos!
